

Escenas

Caniculares

IBI

ESCENAS CANICULARES

Durante el verano el sol abrasa las casas reseca y cubre los muros con una ceniza gris; se llega a no poder vivir más que a la sombra de las persianas cerradas.

ALBERT CAMUS : *La peste*

La ciudad arde.

Los helicópteros sobrevuelan día y noche las inmediaciones del monte Nerón.

Las sirenas de los bomberos se han adueñado del aire sofocante de esta ciudad, otrora tranquila y fría, del valle del Isère.

Las botellas desaparecen intermitentemente de las estanterías.

Los ventiladores se han agotado. Hasta los modelos más viejos y oxidados han desaparecido de los almacenes de quincalla y antigüedades.

De las tres piscinas públicas, dos se han visto obligadas a reducir su horario por recortes en el suministro de agua. El hacinamiento en esas bañeras gigantes de agua clorada ya no molesta a nadie; sólo se piensa en estar todo el día a remojo, y nada más.

Los lugareños corren en masa a los lagos de las montañas vecinas. Un viejo -al que el agua le llega hasta la cintura- comenta que desde finales de la Segunda Guerra Mundial, esas aguas alpinas no estaban tan cálidas.

Los pocos pies atrevidos que se ven al mediodía por las avenidas desiertas se hunden en el alquitrán que el sol ha hecho estallar.

Las persianas bajadas intentan en vano protegerse del aire estancado, ardiente y seco de un agosto canicular.

Après 5 jours de coma, l'actrice Marie Trintignant meurt

Nombreux records de temperature sont battus...

Prácticamente todos los coches de la autopista que conduce al centro apagan las emisoras: el ruido insistente de las hélices de los helicópteros, que desde anoche intentan sofocar las llamas de una de las colinas que rodean la ciudad, lo ocupa todo (empiezan a estar hartos de oír los mismos partes meteorológicos que sólo

hablan de muertes de ancianos, de bosques abrasados y de consejos ante la ola de calor que no ha hecho más que empezar).

Los automóviles flotan en los 50 grados que derriten el asfalto; no son más que un resplandor de colores medio borrados.

Se repiten los carteles que obligan a reducir la velocidad a 40 km/h para evitar que la contaminación siga creciendo. Carteles innecesarios; los conductores aminoran la marcha sin voluntad propia: la somnolencia provocada por el golpe de calor les hace levantar el pie del acelerador.

Dentro de un Volkswagen Polo blanco, una nativa y una extranjera desean, más que nadie, que los kilómetros que faltan para llegar a la ciudad pasen rápido. La francesa (que espera su segundo hijo) y la extranjera sentada en el asiento del copiloto se conocieron el verano pasado; una relación intensa de 30 días. Pero eso terminó la misma noche que la mujer embarazada acompañó a su amiga estival al andén de la estación central. Ya no tienen nada que decirse, ya no se entienden.

La extranjera que disfrutó de los favores de la anfitriona que ahora conduce a menos de 40 km/h no comprende qué ha podido pasar, qué ha dicho o hecho para que la trate con tal frialdad. Ella, que se creía haber alcanzado un nivel de francés ideal para comunicarse como y con quien le diera la gana, no es capaz ahora de entender lo que le pide la piloto que fuma desesperada (a pesar de los 6 meses de embarazo): *Passe-moi la bouteille*. La francesa que fuma y esboza un gesto de hastío irreprimible le indica con señas que le pase la puta botella de agua, que se va a asfixiar.

El aire estancado dentro y el asfalto ardiendo fuera recrudescen el silencio tenso de dos mujeres que ya no quieren comprenderse, dos mujeres a las que sólo une un deseo común: empapar sus cuerpos sudorosos bajo un chorro de agua fría, en cuanto pisen el apartamento. La extranjera -con la cabeza conquistada por el sol- piensa que, como la situación no se relaje con esa conocida cuyo francés se le hace inaccesible, declinará la invitación a pasar el resto del mes acogida en el número 29 de la avenida Agutte Sembat.

Unas cuantas manzanas más allá de la misma avenida, en el segundo piso del 51,

una joven con la pierna izquierda escayolada consigue, por fin, levantarse de la

cama. Conecta el ventilador y cierra todas las ventanas; prefiere el estruendo del aparato a las sirenas de los bomberos que atraviesan incesantemente una de las avenidas principales de la ciudad.

Esta noche y las anteriores (desde que comenzó un agosto abrasador), se han convertido en una batalla contra el sudor propio y ajeno: ella abre el balcón que da a la calle, su compañero lo cierra; ella quiere desembarazarse de la sábana, él la recoloca en su sitio; ella se desvela en un insomnio bochornoso, él ronca como si el calor no le afectara el sueño.

La chica que, debido a una caída aparatosa en la montaña, debe llevar esa escayola el resto del verano, piensa que esa misma noche le dirá al hombre con el que duerme desde hace ocho años que se instale en la habitación minúscula destinada a las visitas. Tiene de su parte una pierna que necesita más colchón que nunca, un calor insoportable y las ganas de dormir con las ventanas abiertas, a pesar de las sirenas y de una brisa inexistente.

La joven que maldice su mala suerte por tener que llevar esa pedazo de yeso blanco enrollado en la pierna justo el verano más caluroso del siglo piensa que la desgana real por no volver a dormir con su compañero no procede únicamente de su estado de minusvalía provisional. Con las aspas del ventilador frente a su cara y la melena revolviéndose, acaba de tener un minuto de lucidez: la apatía viene de más allá, fuera de este bochorno insufrible, lejos de la rabia por su cojera y por su torpeza con las muletas. El cuarto de invitados será la primera fase, seguida (en cuanto se libere de esa prótesis ardiente) de la distancia permanente.

En otoño, cuando los termómetros marquen temperaturas soportables, estará sola y sin muletas.

El monte Nerón es un resplandor rojo al que los miles de litros de agua expulsados desde el cielo le resbalan inútilmente.

De la alameda Des Jonquilles, a las afueras de la ciudad, se puede ver ese fulgor pardo; los habitantes de ese pequeño y elegante distrito huelen las cenizas de un monte arrasado que ya nunca volverá a ser el mismo.

Al fondo de la Alameda, se levanta imponente el castillo de los Charvet, que han tenido que ir vendiendo o alquilando sus tierras, las caballerizas, las diferentes estancias, etc. para seguir habitando el mismo lugar.

En la trastienda del jardín hay una especie de cobertizo, una habitación insonorizada -capilla familiar un siglo antes-, dentro, el único varón de la familia se desespera delante de un ordenador y un teclado, intentando componer el fondo musical para un documental sobre la elaboración de quesos regionales, que debe entregar dentro de tres días.

El músico, al que su madre debe sacar todas las mañanas violentamente de las sábanas, lleva una semana levantándose a las siete, porque a las once el bochorno le impide respirar. Su madre le dice que se consuele: los agricultores que venden frutas y verduras a diario en los mercados del centro han tenido que modificar el horario de apertura; desde el 1 de agosto, los puestos están abiertos desde las 7.

El compositor (al que no le queda más remedio que continuar en la casa familiar por no tener nunca nada fijo) siente que, a medida que la frente se le hincha con el sol, su cabeza se convierte en un charco blanquecino incapaz de crear nada. A pesar de ser una de las piezas más frescas de la casa y de tener dos ventiladores funcionando a tope, le caen ríos de sudor por las sienes (piensa que si se hubiera puesto a dieta en invierno y perdido diez kilos, ahora no estaría sudando como un cerdo).

Está hasta el gorro de componer cosas mediocres para documentales sin ningún interés (técnicas clásicas de los ceramistas de la región, circuito de fuentes del Delfinado...). Lo que el tipo que sigue chorreando sin cesar quisiera es componer bandas sonoras para películas que a él le gusten.

Ahora piensa que no debería haberse fumado ese porro; cada vez que lo hace a solas, le entra esa pena líquida por no tener nadie a quien amar. También está

cansado de escuchar por ahí lo dulce, lo bueno, lo leal que es; lo que más desearía es tener fama de capullo y poder disfrutar del cuerpo de muchas mujeres. No le importa el tamaño de los senos, ni la anchura del culo: el músico (que en una época compuso temas con cualquier rumor del bosque vecino) se enamora de casi todas las mujeres que conoce un poco a fondo.

Al carajo los quesos. Lo que él quiere y va a hacer ahora mismo (aunque la cuarta parte de su cerebro ya no le responda) es escribir las notas para un tema romántico que le regalará a esa chica con la que el otro día compartió la octava fila de un cine viendo *Rien à faire*. De todas formas, aunque ella se conmueva con esas notas, él ya sabe -como dice el título de esa película de Marion Vernoux- que “no hay nada que hacer”. Seguirá siendo el dulce y sensible músico que pasa sus mañanas en una capilla insonorizada al que siempre despierta su anciana madre.

El aire se ha hecho mucho más irrespirable aún en la mansarda del número 18 de la Rue du Vieux Temple. Con las ventanas y contraventanas censuradas desde hace más de una semana de canícula invencible, un tipo al que despidieron meses atrás de una fábrica de plásticos y una gata (de la que él no es dueño) intentan matar el tiempo.

La buhardilla se ha anclado en un mar hirviente. Él y Alba sólo beben, sólo sienten sed, mucha sed.

Debería haberle dicho a su novia que, si tanto le importa ese animal, se lo llevara con ella de vacaciones a Portugal. Tendría que haberse negado; ahora tiene que soportar la imagen de esa masa de pelo blanco que se confunde con las baldosas del baño. Cada vez que entra y se tropieza con la gata, se enfurece. No la soporta. Sólo piensa en deshacerse de ella: tirarla por la ventanuca que da al patio, abandonarla en el contenedor de la basura, soltarla en el alero del tejado y que se largue lejos. Que le deje en paz con su sed gigante en ese horno de 50 m².

Récords de temperature particulièrement meurtriers en raison de l'absence de vent...

Qué rollo de noticias, piensa; las únicas que le alegran son las que resumen las

nefastas consecuencias de este terrible calor en Portugal: récord de temperaturas en Europa; la mitad del país asfixiado y los bosques delirando en llamas. Él, parado y sin un duro, no ha podido salir de la ciudad; pero su novia se estará derritiendo muerta del asco.

Tras dos semanas sin respiro, los diarios comienzan a anunciar en sus portadas el fin de esta canícula sin precedentes desde 1947; pero los habitantes de esta ciudad murmuran escépticos que no va acabar nunca.

Los termómetros marcan hoy, 12 de agosto de 2003, 45°.

El calor lo ocupa todo, una borrachera diaria de más de 40 grados. Hierve el suelo, hierven las paredes, quema el manubrio de la bicicleta y abrasa el sillín.

30.000 muertos en Europa, la mitad, en Francia. 15.000 viejos o jóvenes fumigados por una parada cardio-respiratoria, aniquilados por la deshidratación o por una mortal hipertermia.

Un hombre entrega la Loto (la misma combinación desde hace 10 años) y, en el mismo momento de pagar los 5 €, esboza mentalmente un plan para secuestrar a su vecino que presume de estar ahorrando millones desde que enviudó. Una chica adormecida en un asiento del tren que va a Lyon alcanza a leer el nombre de su estación, pero no baja y se deja llevar hasta donde sea. Un muchacho que se arrepiente de no haber hecho régimen durante el año, al que los 80 kilos le pesan más que nunca, no acude a una cita importante que tenía en la Place Saint Claire; piensa que, total, no tiene nada que hacer con esa chica con la que, de vez en cuando va al cine. Una mujer de más de 30 acude nerviosa a una farmacia de guardia en busca de algún colirio que alivie sus ojos sanguinolientos por una conjuntivitis que el calor ha triplicado. Un argelino siente un deseo irrefrenable de matar con la navaja que lleva dentro del bolsillo del pantalón a un hombre blanco que ha entrado en el restaurante árabe de la Rue Madeleine acompañado de la mujer que trabaja en la floristería de enfrente y que a él tanto le gusta. El argelino que trabaja como camarero en ese lugar aprieta los puños y trata de vencer el deseo doble que lo sofoca: el que siente por la florista y el de asesinar al tipo que la acompaña.

Mientras, el ventilador que han tenido que comprar para no quedarse sin clientes sigue girando.